

Austria» con objeto de que se reuniera el mayor número de chalanas, cargadas de arena, para que sirviesen de defensa á la línea de flotación del «Castilla» que como antes dijimos carecía de movimiento, y protegerlo en lo que fuese posible contra los torpedos y granadas enemigas:

En la tarde del citado día 29 fondeó la escuadrilla hispana en el seno de Cañacao, y el siguiente, 30 de Abril, quedaron establecidos en línea de combate el «María Cristina», «Castilla» «Don Juan de Austria», «Don Antonio de Ulloa», «Isla de Luzon», «Isla de Cuba» y «Marqués del Duero», mientras que el transporte «Manila» iba á reunirse en el fondo de la ensenada de Bacoor con los cañoneros «Velasco» y «Lazo», que como ya referimos primero, se hallaban en reparaciones.

A las siete de la tarde fué transmitido de Subic un telegrama anunciando que la flota enemiga había entrado en el puerto á las tres, y no encontrando allí á Montojo y su escuadra como esperaba, ordenó el Comandante en jefe, Mr. Jorge Dewey, salir inmediatamente para la bahía de la capital filipina.

Llegaba á la bahía el trasatlántico «Isla de Mindanao», á cuyo capitán aconsejó Montojo salvara su navío partiendo en el acto rumbo al puerto de Singapore; pero la falta de la autorización respectiva de la compañía Trasatlántica, no decidió de pronto al capitán, y al fin se refugió con su buque á las inmediaciones de Bacoor.

A eso de la media noche oyéronse cañonazos hacia la isla del Corregidor, y á las dos de la madrugada del día 1.º de Mayo, recibió Montojo aviso telegráfico del arribo de la escuadra americana á dicha isla. Ayudada por sus potentes proyectores, dirigió sus fuegos á las baterías del Corregidor. Inmediatamente dió aviso el Jefe de la armada, Sr. Montojo, al comandante del arsenal, capitán Sostoa, y al gobernador de la plaza de Cavite, general Don Tomás García Peña, á fin de que se procediese sin pérdida de tiempo á cargar la artillería y que todos los oficiales, soldados y marineros estuviesen en sus puestos. Prevenida la escuadra para el combate, con los fuegos avivados, sólo se esperaba ya por instantes la llegada de la flota enemiga. Los barcos comandados por el Contralmirante D. Patricio Montojo, habían sido pintados antes, de un color gris oscuro, y se les despojó de toda obra muerta, masteleros y botes, con objeto de evitar, en cuanto fuese dable, el efecto de los proyectiles y astilleros del invasor norteamericano. Éste apareció al fin frente á Cavite á las tres de la madrugada.

Una hora después se hizo la señal de zafarrancho de combate. Pocos momentos antes de la cinco distinguió el «Dn. Juan de Austria» la escuadra enemiga, y pasados algunos instantes se avistó desde á bordo, algo confusa, pero dispuesta ya en línea de batalla como á cinco mil metros distante de la española.

Formaba en primer lugar el buque insignia «Olympia», seguían el «Baltimore», «Boston», «Concord», «Helene», «Petrel» y «Mac Cullough», permaneciendo fuera de la línea los transportes «Zafir» y «Nashani.» A las cinco y cuarto de la mañana rompió el fuego la batería de la Punta Sangley, cuyos primeros proyectiles no alcanzaron al enemigo; sus cañones eran dos de 15 centímetros, sistema Ordoñez, y de los cuales nada más uno tenía su boca de fuego en dirección á la flota de Dewey. Pocos momentos después abrió también el fuego una de las baterías de Manila, y antes de la seis, una vez ya hecha la señal lo verificó la escuadra española, respondiendo inmediatamente la enemiga.

El combate fué entablado. El fuego de los norteamericanos era rapidísimo; se veía la flota española materialmente envuelta en un diluvio de proyectiles, muy particularmente el «Cristina», que fué en el que concentraron sus fuegos los contrarios. No había transcurrido mucho tiempo cuando una granada americana hizo explosión en el castillo del «Reina Cristina», matando ó hiriendo á casi todos los individuos que prestaban sus servicios en los cuatro principales cañones del buque; hizo también grandes averías en su palo trinquete, y los fragmentos del maderamen destrozaron parte de los timoneles que gobernaban el puente, por lo cual tuvo necesidad de tomar la rueda el teniente de navío D. José Nuñez, que con gran serenidad permaneció en su puesto, gobernando hábilmente el timón, hasta que terminó la sangrienta refriega. Estalló otra granada en el soldado del «Cristina», y originó el incendio de los masteleros de la marinería, no causando grandes daños por haber sido pronto sofocado.

La escuadra americana avanzó hacia la contraria, y afinando sus punterías, disparó sobre ésta una verdadera lluvia de metralla con sus magníficos cañones de tiro rápido; causó muchas bajas y no pocos desperfectos á los infortunados navíos españoles.

El «Cristina», también recibió una granada formidable que le destrozó por completo el servo-motor, quedando sin gobierno por algunos momentos, mientras se procuraba engranar su rueda de mano, y al llevarse á cabo esta operación explotó otra granada en la popa de la nave, que dejó fuera de combate á nueve marineros, y muy mal herido á un segundo teniente. Otra más hizo astillas el pico del palo mesana, arrastrando la bandera y la insignia del contralmirante Montojo, las cuales fueron repuestas inmediatamente. Nuevas granadas reventaron en distintas partes del buque, y algunas de pequeño calibre atravesaron sus chimeneas, á la vez que eran perforados las guardacolors por otra de las grandes, que dejó fueron de combate á un condestable y quince hombres sirvientes de la artillería.

El cañón de proa de estribor quedó inutilizado por un grueso proyectil. Otra granada atravesó el costado reventando en el soyado y causó un espantoso incendio á bordo mientras seguía la tempestad de granadas y bombas de todos calibres, descargadas sobre el buque almirante. Por último una bomba explosiva reventó en la cámara de oficiales, convertida en hospital de sangre provisionalmente. El estrago que produjo fué horroroso: los infelices heridos que allí se curaban fueron muertos unos y mutilados otros, sembrando el pánico y terror consiguientes. Por todas partes se oían ayes lastimeros de dolor lanzados por las débiles voces de los heridos, que se mezclaban con las más terribles denostaciones de los que se retorcían horriblemente mutilados, en los charcos de su propia sangre. Es impotente la pluma para transcribir al papel el cuadro de horror que se desarrollaba en aquellos momentos supremos. La sangre humana corría aun tibia y humeante á raudales sobre la cubierta del navío-insignia español, y los fragmentos de los cuerpos destrozados de sus defensores se veían por todas partes, muchos de ellos palpitantes todavía. Un infeliz marinero, fué alcanzado por un casco de granada que le desgarró el vientre por completo echándole fuera los intestinos; el héroe, con pasmosa y aterradora serenidad, se recogía éstos con una mano, mientras que con la otra apoyaba su fusil en un montón de cadáveres descargándolo furioso sobre el enemigo!

Episodios semejantes, llenos de valor y de entereza, abundaron en esta memorable jornada, mas á pesar de tanto heroísmo derrochado y de tanta sangre generosamente derramada, todo al fin resultó inútil.

Hablemos de la catástrofe del «María Cristina.» Decíamos que este barco había sido presa de las llamas, y para agravar más su precaria situación el único cabo de cañón fué al fin aniquilado por un proyectil que le originó gravísima herida, dejándolo fuera de combate. No quedó ni un solo hombre ileso á bordo del buque almirante español porque hasta el Jefe de la flota Don Patricio Montojo, resultó con una seria contusión en la pierna izquierda.

En semejantes circunstancias resolvió abandonar al «Cristina,» después de recoger su insignia y bandera, que materialmente se encontraban ya acribilladas á cañonazos; sus costados, chimeneas y arboladuras, envueltos por las llamas, y fuera de combate casi toda su dotación contándose también la mayor parte de la oficialidad.

El contralmirante Montojo hizo señales al mismo tiempo al «Isla de Cuba» y al «Luzón» para que acudiesen á recoger los restos de la tripulación, y una vez llevada ésta maniobra á cabo por los botes del «Cuba,» «Luzón» y «Marqués del Duero,» el «María Cristina,» fué echado á pique por sus denodados de-

fensores, á fin de que nada pudiera aprovechar de él el enemigo. El contralmirante Don Patricio Montojo arboló inmediatamente su insignia en el crucero «Isla de Cuba.» El heroico Comandante del «Reina Cristina» Don Luis Cadarso y Rey fué herido por una granada mientras dirigía las maniobras de salvamento á bordo del navío.

Fué uno de los jefes de la armada que más se distinguieron durante el combate.

Cuando había perdido toda esperanza de salvar su buque, no quiso salvarse tampoco. Aceptó voluntariamente la muerte y se hundió con él, en compañía de sus marinos muertos y heridos, bajo las profundidades del oceano.

El «Don Antonio de Ulloa» se defendió no menos heroicamente: con dos únicas piezas de que pudo disponer y con quince hombres para los servicios indispensables de tan escasa artillería, hizo frente á los gruesos proyectiles del «Olimpia» y del «Concord,» que no tardaron en causarle rumbos en su línea de flotación y en echarlo á pique pocos momentos después. Fué muerto su bravo comandante, lo mismo que aquellos denodados marinos.

«El Castilla» luchó con tezon, pero su artillería fué pronto inutilizada por las metrallas enemigas y sólo del cañón de popa pudo servirse hasta el fin. Corrió este buque la misma suerte que los otros; incendiado por las granadas americanas fué echado á pique por su comandante D. Alonso Morgado, que lo abandonó á tiempo, salvando al resto de la tripulación de una manera ordenada.

Sus bajas fueron de 32 muertos y 90 heridos.

El «Don Juan de Austria,» con bastantes averías y muchas bajas, y teniendo las carboneras incendiadas, acudió en auxilio del «Castilla,» pero poco, mejor dicho, nada podía hacer en favor de este navío, por las condiciones lamentables en que se encontraba.

El «Isla de Luzón» tenía también tres cañones desmontados, y serias averías en su casco y arboladura, y por último el «Marqués del Duero» quedó con sus máquinas inservibles, lo mismo que uno de sus reductos y el cañón de proa.

A las ocho de la mañana suspendió el fuego la escuadra enemiga, dando entonces orden Montojo que los buques que aun quedaban, fuesen á tomar posiciones en la ensenada de Bacoor, y resistiesen allí hasta el último extremo al enemigo.

IV.

Tres horas después se reanudó el combate; la escuadra americana formó un estrecho círculo con el objeto de acabar con los restos de la flota española, lo cual consiguió después de

unos cuantos disparos, por la escasa resistencia que pudo presentar con los pocos cañones que aun conservaba montados. Había llegado el fin del desastre, el epílogo del sangriento drama; no era posible sostener por más tiempo tan triste situación. Todo se había perdido en Filipinas para España, menos su honor y su dignidad. Sus bravos y nobles hijos fueron vencidos, es cierto, pero jamás por cobardía ó falta de patriotismo: tenían obligación de luchar hasta morir, pero nunca se les podría exigir que alcanzasen la victoria. Heroísmo fué el haber preferido hundirse con sus buques antes que dejarlos en peligro de caer en manos del enemigo.

Después de la catástrofe se retiró D. Patricio Montojo al convento de Santo Domingo en Cavite, donde fué curado de sus heridas.

Las bajas españolas, según los datos oficiales que hemos tenido á la vista, ascendieron á 618 hombres entre jefes y oficiales. (1)

La población de Cavite también sufrió no poco á causa del bombardeo de que fué víctima.

De los buques españoles que tomaron parte en la refriega no pudo salvarse uno solo.

Veamos ahora el parte oficial comunicado por el Comodoro Dewey al Ministerio de Guerra y Marina de los Estados Unidos.

El primer mensaje enviado á Washinton, dice:

«Manila, Mayo 10.—Escuadra llegó Manila al amanecer hoy. Inmediatamente trabó combate con enemigo y destruyó los siguientes buques españoles: «María Cristina,» «Castilla,» «Ulloa,» «Isla de Cuba,» «General Lazo,» «Duero,» «Correo,» «Velazco,» «Mindanao,» un transporte y batería flotante en Cavite. Escuadra americana ileso, sólo unos cuantos marinos ligera-

(1) En cuanto al número de bajas que hubo en la batalla de Cavite los siguientes partes oficiales, como se ve, están desacordes. Debemos desechar el del Comodoro Dewey que afirma que éstas fueron 150; y debemos desecharlo porque es lógico suponer en él ignorancia de lo que ocurría en los buques enemigos que no estuvieron bajo sus órdenes.

La cifra fijada por el Gobernador General de Filipinas, que hace subir el número de bajas á 618, nos parece la más verosímil. Según el mismo mensaje regresaron de Cavite á Manila 1000 marinos de la escuadra destruida; lo cual indica que de 1875, total de plazas á bordo de los navios españoles, debemos restar 1000 que regresaron á Manila quedando en consecuencia 875, de los que no habla el mensaje. Así es que, solamente 257, número que no es exajerado, resulta que quedarían en Cavite por distintos motivos, y 618 serían las bajas, en resumen.

Además los datos que hemos adquirido posteriormente confirman la exactitud del mensaje del Gobernador de Filipinas.

Por lo que hace á las bajas americanas no hemos encontrado hasta ahora nada que contradiga la versión de que estas se redujeron á seis marinos heridos y un muerto.

mente heridos. Unico medio comunicación es telegrafiar á Cónsul americano en Hong Kong. Comunicaréme con él [firmado] Dewey.»

El día 7 de Mayo se recibió dicho mensaje, y á continuación este otro:

«Cavite, Mayo 4.—Long Ministro Marina.—He tomado posesión en estación naval de Cavite, Islas Filipinas y destruido sus fortificaciones. He destruido sus fortificaciones á la entrada de la bahía, que la protegen. Tengo dominada la bahía, puedo tomar la ciudad en cualquier momento. La escuadra bien, marinos en excelente salud y espíritu. Las pérdidas españolas son considerables, aunque no se saben todas. 150 muertos, entre estos el Capitán del «María Cristina.» Estoy ayudando á proteger á los enfermos y heridos españoles que se encuentran en los hospitales dentro de nuestras líneas. Gran excitación reina en Manila. Protegeré á los extranjeros.—Dewey.»

El Gobernador General de Filipinas telegrafió de Manila, el mismo día 7, á Madrid lo siguiente:

«El enemigo ha tomado á Cavite en el Arsenal estableciendo un completo bloqueo. Se dice que á pedimento de los cónsules extranjeros, los americanos no bombardearán la capital (Manila) á condición de que ya no haga fuego sobre los buques americanos, que se encuentran fuera de tiro. Un mil marinos de nuestra escuadra destruida llegaron ayer. Las pérdidas de nuestra escuadra ascienden á seiscientos dieciocho.»

La Embajada de Francia recibió en Washington otro despacho referente á la batalla, concebido en estos términos:

«Seis cruceros y cañoneros españoles participaron en el combate. El primer ataque dió principio entre 8 y 9 de la mañana del 10 de Mayo.

Los buques americanos avanzaron en línea de combate formando una V algo abierta, encontrando á la escuadra española que formaba línea de combate en figura de Y invertida, el crucero Almirante «María Cristina» del Almirante Montojo, encontrándose en el ápice. Este buque fué el centro del fuego que quedó acibillado y se fué á pique por los cañones del «Concord.» Se dice que recibió 100 proyectiles de cañones de tiro rápido de 5 y 6 pulgadas en dos minutos, á una distancia de 1,000 á 800 yardas.

Después de que se notó que el buque almirante estaba fuera de combate y que el almirante Montojo lo abandonaba en un bote, el fuego se concentró sobre el crucero «Don Juan de Austria,» que fué destrozado, su capitán, primer oficial y más de una tercera parte de su tripulación, perecieron. Al buque de madera «Castilla» el fuego convergente del enemigo, pronto lo incendió y echó á pique.

La táctica adoptada por el Comodoro Dewey, parece que fué el método que se considera como el mejor por las autoridades navales en Europa, y que consiste en elegir un buque y concentrar todo el fuego sobre él.

La formación de la línea de combate adoptada por los españoles, es la táctica antigua, mientras que la del Comodoro Dewey permite que cada buque en la línea de combate, concentre su fuego según se le ordene.

Se desprende de la pérdida de los tres buques españoles más grandes, que Dewey escogió á estos, uno tras otro, descargando sobre ellos una lluvia de metrallas, que en poco tiempo los puso fuera de combate.

El primer encuentro, agrega el mensaje, duró 40 minutos después del primer disparo; parte de este tiempo se ocupó en tomar posiciones para el mejor éxito del plan de atacar á uno después de otro de los buques más importantes. Parece que el segundo encuentro se ocasionó por la aparición de algunos buques españoles, que sin duda se encontraban cruzando fuera de la bahía y que entraban en el puerto en esos momentos.»

Las siguientes palabras del contralmirante Montojo, después de la batalla, revelan el magnífico comportamiento de sus marinos y la imposibilidad de haber siquiera resistido con éxito: "Todos los jefes, oficiales, maquinistas, contra maestres, condestables, marinos y soldados, decía el General español, han rivalizado en sostener con honor el buen nombre de la marina en esta triste jornada. La insuficiencia de los buques que componían mi pequeña escuadra, la falta de personal de todas clases, especialmente de condestables y artilleros de mar, la escasa idoneidad de algunos maquinistas improvisados, la casi carencia de cañones de tiro rápido, las triplicadas fuerzas del enemigo y la ninguna protección de la mayor parte de nuestros buques; todo contribuyó á hacer más cruento el sacrificio que hicimos en aras de la Patria y para alejar la eventualidad de los horrores de un bombardeo á la casi inerme ciudad de Manila, con el convencimiento de que al medir nuestras escasas fuerzas con las muy superiores del enemigo, íbamos á una muerte casi segura, y por de contado á perder todos nuestros buques como desgraciadamente ha sucedido."

V

A fin de rendir homenaje á la justicia, y al verdadero mérito, transcribimos en seguida un notable trabajo de que es autor el distinguido oficial de la armada francesa que se oculta bajo el modesto pseudónimo de "El teniente X." y que ha presenciado los sucesos y conoció perfectamente á las personas

á que en él se refiere. Dicha labor literaria fué publicada el 15 de Agosto de 98, con el título de "La guerra en Filipinas," y apareció en la acreditada publicación francesa «La Revue de Paris.»

El articulista no siente la menor inclinación hacia España—según el mismo afirma con entera franqueza—y no pocos de sus juicios respecto de esa nación aparecen demasiado duros. Por esto precisamente no es sospechoso su testimonio cuando reconoce que el valor y las cualidades militares de los españoles fueron puesta á prueba en aquella memorable jornada. Este trabajo del referido escritor francés contiene implícitos, cargos muy severos contra el gobierno español que nada hizo de su parte para salvar á la nación de la deshonra.

He aquí algunos fragmentos:

"Miércoles, Mayo 11.—Los españoles pretenden que harán una resistencia desesperada y no cederán hasta el último momento. Manila tiene, quizás, mas recursos de los que se creía. La ciudad, amurallada, se transforma en ciudadela y servirá de reducto á la defensa. Los oficiales de marina salvados del desastre de Cavite, pasan á servir con las tropas de tierra. No parecen tener apego á la vida. Entretanto, basta ver las miradas que dirige á estos valientes un inglés ó un americano, para comprender que los desprecian. Es el desprecio del rico por el pobre, del bien vestido por el andrajoso. Verdad es que el español devuelve el desprecio al sajón, pero no deja de comprender que éste es insensible y que el aspecto le favorece. El inglés produce, ciertamente, el efecto de un hombre rico, fuerte, inteligente y mejor apercibido para vivir, así como, al fin de cuentas, el que hace más honor á la vida. Pero el español, aún en el momento en que le condeno, suscita la idea del hombre heroico.

Nó, no permitiré que en mi presencia se calumnie á España. Nada tengo de común con este pueblo: mi razón la rechaza, mis sentimientos le tienen repugnancia, mi espíritu no le tiene piedad, y hasta estoy persuadido de que sus desdichas son un justo castigo; pero nadie se burle del apetito furioso que sienten los españoles por la muerte. Todos los pueblos tienen sus turbas que convierten en vicios ridículos las más hermosas virtudes nacionales. Nosotros tenemos los patrioterros de dublé y los trágicos saltimbanquis; los ingleses tienen sus tenderos hipócritas y sus usureros políticos; no es, pues, extraño que los españoles tengan sus falsos caballeros. Pero sería menester no tener corazón de hombre para no honrarlos como á nobles vencidos. Estos hombres aman su patria y su espada infinitamente más que la vida. Irán á la muerte con gran júbilo y no la sentirán siquiera. Expiran acribillados de heridas sin proferir una

palabra, sin hacer un gesto, sin implorar esa gota de agua que hace soñar con el paraíso á los agonizantes»

«Jueves, 12 de Mayo. Les he visto maniobrar, y he conocido *yankees* de todas calañas. No hay que esperar de ellos ni justicia, ni reserva, ni la menor moderación, ni la menor generosidad. Hasta hoy respondían á todo:» *¡Tenemos el dollar!* sin sospechar qué repugnancia produce esta contestación á los espíritus grandes y á las almas nobles. Ahora añadieron: *¡Tenemos cañones!* Con estos dos argumentos convertirán en derechos todas sus concupiscencias. Los *yankees*, son alemanes nerviosos. Los alemanes tienen siempre á mano un texto para legitimar la violencia que les convenga. Los *yankees* tendrán siempre una máquina: sea el pueblo, al que los Presidentes lamentaran verse forzados á obedecer sea el Dios del Capitolio, que sólo conoce á su gente. Las Repúblicas de América, después de su antigua Metrópoli, serán las primeras en experimentarlo. A Europa le llegará su vez, por haber abdicado, manteniéndose apartada de la guerra, y sobre todo si deja á los *yankees* poner pié en las Filipinas. El asunto de Cavite fué un violento combate de artillería en que uno de los beligerantes tenía todos los cañones y el otro le servía de blanco. Los americanos prodigaron, según consta, los proyectiles disparando 3.000 cañonazos. Después les faltaron las municiones. Esto se llama proceder mas que á la ligera. Han tenido mas suerte que destreza. Es cierto que un cañoneo intensísimo, como aquel, es de un efecto abrumador cuando el enemigo es débil y no tiene los elementos para responder, pero en cualesquiera otras circunstancias es una táctica absurda.»

«Antes de zarpar de Hong-Kong los americanos; embarcaron artilleros ingleses desertores de la armada británica. Así se explica la seguridad del tiro americano en el combate de Cavite; sus piezas estaban resirvidas por *bluejackets*. A cada desertor se le sedujo mediante un sueldo de quinientos *dollares* al mes, como si fuera un almirante. Me resisto aún á creerlo: la insolencia de estos procederes sajones, es demasiada. Pero la historia no rechaza lo inverosímil. Los ingleses y americanos, entre sí, son como los bárbaros y los prusianos: se odian, pero son de la misma familia y se entienden contra los demás. Los americanos, el día mismo que hicieron la paz con Inglaterra, hace más de un siglo, estaban dispuestos á ayudarles para arrojar á los franceses del Canadá, si lo hubieran necesitado los ingleses. Es preciso cerciorarse de si el hecho es cierto. Inglaterra no protestará, puesto que han sido los Estados Unidos los que llevaron esos marineros.

«Se dirá que la oficina de Relaciones Exteriores no es responsable de que se deserten marineros. ¡Solemne burla! Si un sólo artillero inglés hubiese pretendido, por ejemplo, pararse al ser-

vicio de España, ni siquiera hubiera logrado salir del puerto de Hong-Kong: se le hubiera ahorcado allí mismo. A mi juicio, el Cónsul Wildam ha manejado los hilos principales de la empresa americana en el mar de la China. El es quien la dirige, quien merece estatuas, y teniéndolas, se honrará en él á la marina, pues el Cónsul Wildam es un antiguo oficial de la escuadra norteamericana. Con tres docenas de hombres de este temple distribuidos hábilmente en todos los países, la nación que los nombre se hallará por doquier en su casa. El Cónsul Wildam siendo como es americano puro, es el prototipo de ese instrumento peligroso y admirable que se llama el Cónsul de Inglaterra, ó si se prefiere, del republicano de Roma.»

Hace notar también el entendido escritor que hubiese sido preferible para España no tener escuadra en las Filipinas, á tenerla en tales condiciones, por que los barcos de madera solo sirven para incendiarse. También señala el «Teniente X» como un error gravísimo inperdonable, el envío de los buques de Cervera á Cuba, que debieron haber sido mandados al Archipiélago magallánico, según los más rudimentales principios de la ciencia militar.»

Hasta aquí concluye la narración del escritor francés, «Teniente X» [1.]

[1] Véase al fin de este libro los juicios emitidos por uno de nuestros compañeros de labores, distinguido miembro de la colonia española, á quien debemos la narración del anterior capítulo, y cuya firma aparece al calce de dichos juicios, bajo el título de conclusión. Por no interrumpir el orden cronológico del libro, no aparecen publicados en este lugar, como hubiéramos deseado.

